

“HARDCORE VIBES” MÁS ALLÁ DE LA CIVILIZACIÓN DE LOS HOMBRES ATLÁNTICOS INTELIGENTES

Pablo Estévez Hernández

El escritor Alonso Quesada, un nativo informado de los flujos globales, privilegiado por su cercanía a la colonia inglesa de Gran Canaria y al Puerto de la Luz, dijo lo siguiente: “El muelle, al llegar el ‘Limburia’ u otro transatlántico (...), se llena de Europa, es como si Europa misma se cortara en muchos pedazos y nos la vinieran a sembrar sobre estos arenales africanos”¹.

Quesada estaba describiendo, a principios del siglo XX, en sus numerosos cuentos, novelas y poemas, la transculturación producida al calor de las relaciones comerciales de estos ingleses en el norte de África. Estaba hablando también de un tipo de turismo estrechamente vinculado con este marco: viajeros de clase alta imantados al destino no sólo por el clima, sino —aunque muchas veces se los retrataba como gente fría— por un deseo de conocer la cultura y la historia del lugar.

Como reflejo de ese perfil, Quesada se definió a sí mismo, y a otros colegas de igual condición, como “los hombres atlánticos inteligentes”², un estatus marcado por el género, la imprecisión dada por un océano y la capacidad mental necesaria para lograr comprender el signo de los turistas, sus tragedias y sus ironías. Distanciándose de los otros isleños que no alcanzaban esa condición, el escritor dice en otro lado: “La civilización bien sea filosófica o meteorológica no entra cómodamente en el isleño. El isleño va por la calle asombrado, tiritando de miedo. Como iría más asombrado aún y temblando de espanto, si le obligaran a leer la *Crítica de la razón pura*”³.

Y la civilización, sea lo que fuere, fue aquella misma que venía transportada en barcos al muelle: “Las sirenas llaman, las anclas se hunden, las cabezas doradas surgen en las falúas... El mar está alegre, con una alegría civil, estrepitosa y útil. ¡Poesía del tráfico europeo! (...) Palabras justas, pensamientos firmes, ruido fabril lejano, que es un constante eco en la bahía. ¡Civilización!”⁴.

Esa poesía del tráfico europeo movía todo tipo de cosas: infiltraba productos, trasegaba palabras, intercambiaba postales y... también sonidos. A nadie se le escapa que, mientras fluían todas estas cosas, se mantenía eso que define a Quesada como hombre atlántico inteligente, como civilizado. Esto no sólo cambiaba al isleño en su fuero interno, gracias al regalo de razón “pura” venida del mar, sino que también dejaba algo que distorsionaba y afectaba los ánimos. El también escritor Domingo Pérez Minik lo expresó así: “Como las demás Islas Canarias, Tenerife ha esperado siempre la llegada de ese hombre transeúnte, que lo mismo puede dejar un comercio establecido en la calle, que una idea feraz con su *intensa proyección sentimental*”⁵.

Es curioso que este primer tipo de turismo, que podríamos llamar el turismo colonial, reciba todo tipo de elogios por el resabio

que nos dejaron los ingleses en la impronta isleña. También despierta interés académico, asentando el paradigma del hibridismo cultural al que llegamos en antropología (cosa que no podía ser de otra manera). En Canarias, no obstante, venimos hablando tanto de la mezcla intercultural que ya tiene, en ciertos discursos, insertado un fondo esencial; de pureza en la pura mezcla.

Pero queda claro que cuando hablamos de turismo desde nuestras coordenadas, desde este momento fugaz y precario (ya en el siglo XXI), donde figura junto a las nociones *ultraperiferia* y *nearshore* (la orilla cercana de los negocios bajo el amparo de la Zona Especial Canaria), pensamos en algo mucho más monstruoso; menos centrado en la cultura isleña y en preservar el trasiego de significados comunes a los hombres atlánticos inteligentes. Se trata de un turismo que promueve sus propios significantes y los impone en lo local. Pensamos en el turismo de masas.

Conservando tan sólo la tragicomedia, el perfil del turista ha cambiado de un orden social colonial a uno poscolonial de masas (por llamarlo de alguna manera que permita seguir resaltando las dinámicas coloniales del turismo) y esto también ha implicado entender las divergencias del antagonismo de clase, la marcación de sexo y género y las nuevas capacidades de movilidad internacional, además de las profundas redefiniciones del ocio. Del atractivo ilustrado hacia los nativos apenas quedan reminiscencias programadas en parques temáticos y museos.

Muchos han definido este turismo como de *enclave*, donde nacen nuevas fronteras, como si este turismo se situara en un campo de batalla, como si fuera la guerra por otros medios. Si los turistas son contenidos en un campo de concentración hotelero, atados a la biopolítica de sus pulseras y con su mundo movilizado a estos espacios⁶, entonces es cierto que nada podríamos decir sobre cultura isleña, etnicidad o transculturación. En un cuento distópico sobre este tipo de viajes, un inglés, J.G. Ballard⁷, le ponía un epílogo a esta era en Canarias, eliminando tajantemente la presencia del nativo.

Pero, a veces, incluso en estos espacios tan ajenos, inaccesibles y "otros" ocurre la magia de lo inesperado. Aquí es donde se da una historia fascinante, que sigue mirando a Europa no a través del muelle, como con Quesada, sino de los aeropuertos, los vuelos chárter y las salas de fiesta. A finales de los años ochenta y principios de los noventa, los nativos asiduos a las fiestas nocturnas del sur de Tenerife descubrieron una manera de sentir y de disfrutar junto con turistas británicos de la misma o similar condición social. También encontraron una cultura, con sus reglas, y una forma de comunicación con gente distante. Con esta historia están desafiando, hoy, las convenciones de los estudios del turismo en Canarias.

Lo que habían “descubierto” estos informados nativos era lo que se denominó *hardcore* (también llamado *old school* o *breakbeat*, que expande su género al *2-Step* y al *Drum n Bass*), un género de música electrónica que venía ganando fama en las ciudades británicas. Algo en esa música llamó poderosamente la atención de los nativos. ¿Qué era eso que, entre distintos estilos escuchados en la Isla, los hizo decantarse por este?

No contentos sólo con escucharla, se lanzaron a la experimentación informal. Montando los platos y el *sound system* en garajes y cuartos, los nativos informados se convirtieron en djs. Esto dio pie no sólo a seguir un género musical, sino también a representar toda una cultura; a sentirla intensamente y vivirla como propia: como vernácula, como canaria (y esto, claro, podría plantearnos tantas cuestiones sobre la etnicidad aquí). Pero ¿qué es exactamente el *hardcore*?

El *hardcore* forma parte de una familia mayor, es una especie particular en el ámbito de la música electrónica con una raigambre que muchos encuentran fácil de identificar. Sin ninguna base firme o normas preestablecidas, puede decirse que debe su identidad musical a la asimilación de un *beat* acelerado; una *caja* que da fondo a un sinfín de *samples*, *scratches* y mezclas. Uno de los djs veteranos de la escena del *hardcore* tinerfeño, dj Lucas, que vivió los procesos de transculturación a principios de los noventa, señala la clave de la *caja* en la música como un factor asimilable por rasgos identitarios que predisponen el gusto por el sonido:

“... Estamos hablando de los noventa, y ahí ya poníamos cajas, era el principio del *hardcore*, ya lo conocíamos como *hardcore*. Y en ningún sitio te dejaban pinchar *hardcore*, porque era demasiado loco [...] ¡Claro! Es que eran las cajas, era esa percusión diferente que nos gusta mucho a la gente de aquí por el tema de las congas y es otro tipo de percusión ¿no? Mis amigos de la Península me decían que es música africana [...] Era como la música negra pero puesto al doble de velocidad [...] Nosotros somos de cajas, lo tengo comprobadísimo. Un cencerro carnavalero, a la gente de aquí, en un disco, se vuelven locos. No sé por qué, si será por las influencias que tenemos”⁸.

Esta identidad se basa además en la repetición, ampliación y versionado de canciones ya existentes. Es decir, se trata de una identidad fragmentada, pero que no llega a ser caótica. Sobre la base de la *caja*, los *samples* muestran predilección por los *a capelas*; los sonidos repetitivos, limpios o electrónicos, del piano; por las canciones agrupables en el pop afrocaribeño y afroamericano... El sonido estalló en las discotecas y en las calles y se asoció principalmente a los barrios y ambientes marginales.

Como moda marginal estructuró toda una suerte de rituales y espacios comunes. La música descubrió, al igual que tantas otras, su pasaporte a la distribución interlocal a través de casetes, donde se grababan sesiones en discotecas o en casas.

También hay una historia no oficial que se repite en el territorio insular: un mito de origen que afirma que el hardcore viajó desde las áreas metropolitanas de Gran Bretaña hasta el sur de Tenerife (a discotecas como Bananas, Fever, Atracciones del Sur o Busby's) y que de ahí pasó a instalarse en barrios y zonas marginales de la Isla en los años noventa, como se dijo antes, teniendo algunos lugares comunes como el Impacto, K-2, Ku o Addis Abbeba.

Entonces, a través de los casetes⁹ y los vinilos, amén del viaje corporal, la música parece que viaja, está en movimiento: de Gran Bretaña al sur de la Isla vía vacaciones des-programadas; de enclaves turísticos del sur a las zonas urbanas y rurales de Tenerife y, en un tercer momento, de vuelta a la metrópolis británica, cerrando un ciclo de movimiento del sonido donde se ha resignificado la cultura y el legado del hardcore. Pero todo esto no son más que rumores, mitos de origen. La historia del hardcore se construye así, no depende de datos empíricos. ¡Y qué suerte que así sea! Nuestro mito de origen habla del sur de Tenerife y de guiris, de raves donde la verdad se diluye en bailes, éxtasis y ácido. Pero esto no es lo que predispone el gusto por el sonido, ni evita que, en el contexto académico e institucional, hayamos ignorado al hardcore, denegando violentamente su historia.

Existe otro movimiento, otro mito de origen, que es anterior a la fase de la cultura metropolitana británica y que puede empezar a responder las preguntas de las razones de la denegación. Para que el hardcore pudiera ser ese sonido que tanto gustó en Londres, Bristol y otras ciudades británicas, previo al viaje turístico, tuvo que darse un proceso de mezcla muy complejo, donde se utilizaron diversas influencias. Los detalles no importan mucho aquí. Lo que importa es la manera en que la diáspora caribeña en Inglaterra movilizó su cultura, de todo aquello que los migrantes poscoloniales lograron poner en movimiento desde la década de los cincuenta en Europa. Estos migrantes (argelinos en Francia, jamaquinos en Inglaterra, entre otros) cambiaron el sentido unitario y "a-étnico" del continente.

Paul Gilroy, un sociólogo británico hijo de una migrante caribeña, dice que, "a riesgo de parecer esotérico", hay que señalar que existe algo en la música que no puede ponerse en los textos, en la escritura¹⁰. Ese "algo", por tanto, no puede tampoco escribirse aquí, en este preciso texto que ustedes están leyendo, pero tiene que ver con unos conocimientos y experiencias encapsulados en el sonido. Cuando los esclavos africanos tenían

prohibido leer y escribir en las sociedades de plantación, pusieron ese algo invisible en la música. Luego, sus descendientes se lo añadieron como reflejo de una experiencia ya no de esclavitud, sino de los horrores del racismo y la colonización (y de la resistencia a todo ello). Más tarde, las nietas y nietos de esta gente, que forman parte de la historia atlántica, estando ahora en ciudades como Londres, volvieron a hacer música, esta vez llegando al hardcore y encapsulando en cada caja, en cada *sample* y en cada *capela* la historia de la diáspora y sus resistencias políticas: los años de Thatcher, el discurso xenófobo de Enoch Powell, los disturbios de Brixton y Notting Hill¹¹, etc.

La música, no obstante, se empacó y, en pleno contexto neoliberal, se convirtió en un producto más del ocio ochentero. Esta envoltura la hizo perfecta para que en vacaciones programadas llegara al sur de Tenerife. Y lo hizo una vez más como un estandarte de Europa y de esas cosas que se hacen en Europa. La mirada al hardcore sigue siendo, pues, una mirada isleña a los valores europeos.

Pero, ¿y si la música hardcore funcionara, *tras* el encuentro turístico, como una caja de Pandora que se abre para aprovechar todo aquello que no pudo ponerse en letras? ¿Depende también esta disposición de la clase social? ¿Es por ello que el hardcore es una música popular tinerfeña y no una cosa de gusto refinado? ¿Seguiría siendo una manifestación de Europa o es ya otra cosa?

Desde luego el turismo, los aviones, la crema solar y la programación y desprogramación de actividades: bufé, mojitos, *aquagym* y *raves* no son ya la clave de lo civilizado. Como nativos, nuestra vida en relación a las zonas turísticas de Canarias es la de un acercamiento a nuestro Otro¹² y esto se percibe en un doble sentido aparentemente contradictorio: conscientes de nuestra propia subalternidad y otredad y, por otro lado, como moradores de un ámbito civilizado expresado en nuestras tradiciones, que se opone a un tipo de salvajismo, vampiresco e hiperreal, del turismo de masas (todo un reverso de papeles). Los que ahora huyen de la *Crítica de la razón pura* de Kant no son sólo los isleños, como dice Quesada, sino los mismos turistas.

Por otra parte, los migrantes ya han cambiado el paisaje europeo, aportando no solo otros colores (que siempre estuvieron ahí), sino otros sabores y saberes. Europa, en este sentido, no es “Europa”, el significante cultural de la superioridad racial y del origen de todos los valores universales. Es otra cosa. Para mayor inri, el Brexit, toda una reacción a los migrantes, es paradójicamente la mayor idea anti-Europa ahora mismo. Si Europa se estaba sembrando en los “arenales africanos” a través del hardcore, entonces ya era una Europa conectiva con nuestras pulsiones

más reprimidas y profundas con África (con las cajas, “que sólo queríamos cajas”, como dice Lucas). El mito del mito de origen nos conecta como canarios a África y a otro Caribe (sí, vía una Europa centrifugada) que va más allá de la vinculación colonial del marco español (europeo e imperial). Con ello podemos explorar nuevas maneras de entendernos globalmente. Como sujetos transculturados o criollizados también venimos de ahí... Es curioso que esta música llegara a finales de los ochenta, consolidándose en los noventa, en un momento en el cual en Canarias se nos imputaba la identidad europea. Podríamos decir, ahora, que el hardcore jugó con una definición mucho más compleja y rica de esa idea, mojada ya por el influjo atlántico y que permitió, en los barrios canarios, articular toda una cultura para darnos sentido. Sentido también frente a una exclusión que viene, precisamente, de fuerzas que nos sitúan en la ultraperiferia de “algo”.

- 1 QUESADA, A. (1988). "Un gobierno español visto a través del Atlántico". *Insulario*. Gobierno de Canarias. Santa Cruz de Tenerife. p. 214.
- 2 *Ibid.* p. 218.
- 3 QUESADA, A. (1988). "Frio". *Insulario*. Gobierno de Canarias. Santa Cruz de Tenerife. p. 168.
- 4 QUESADA, A. (1988). "Un gobierno español visto a través del Atlántico". *Insulario*. Gobierno de Canarias. Santa Cruz de Tenerife. p. 217.
- 5 PÉREZ MINIK, D. (1969). *Entrada y salida de viajeros*. Nuestro Arte. Santa Cruz de Tenerife. Cursivas añadidas.
- 6 MINCA, Claudio (2009). "The Island, Work, Tourism and the Biopolitical". *Tourist Studies*, 9 (2), pp. 88-108.
- 7 BALLARD, J.G. (1982). "Días Maravillosos". *Mitos del futuro próximo*. Barcelona: Minotauro.
- 8 Entrevista del autor a dj Lucas, abril de 2017.
- 9 HESMONDHALGH, D. (1998). "The British Dance Music Industry: A Case Study of Independent Cultural Production". *The British Journal of Sociology*, 49 (2), pp. 234-251.
- 10 GILROY, P. (1993). *The Black Atlantic. Modernity and Double Consciousness*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, pp. 72-110.
- 11 MERCER, K. (1994). *Welcome to the Jungle. New Positions in Black Cultural Studies*. London: Routledge, pp. 1-31.
- 12 Quiero traer aquí algunas de las consideraciones de Dean MacCannell (2011) "Tourist/Other and the Unconscious". En: *The Ethics of Sightseeing*. Berkeley: University of California Press.